

# Las lágrimas como preludio

• Jonathan Jesús García Palma

DOI: 10.19136/Cz4166c23

“Guadalajara en un llano, México en una laguna”, dice la canción. Y así es. El corazón de los Estados Unidos Mexicanos, hasta hace poco llamado oficialmente Distrito Federal, se asienta donde estuvieran, a principios del siglo XVI, una laguna mayor y varios lagos como Xochimilco, Tláhuac y Chalco, los cuales, en realidad, eran uno solo. Zona lacustre. La agricultura, elemento fundamental en la constitución de las culturas prehispánicas, se desarrolló en las llamadas chinampas, una suerte de maravillosas isletas flotantes, las cuales impresionaron a los mismos conquistadores.

De acuerdo con la leyenda, aquí fue donde los mexicas hallaron un águila devorando a una serpiente sobre un nopal y, por ello, siguiendo los designios del dios Huitzilopochtli, fundaron su ciudad. Dicha historia, grabada en la memoria de todos los mexicanos, también se encuentra plasmada en la bandera nacional: es el escudo oficial. Este sitio, legalmente denominado Ciudad de México, heredero de la gran México-Tenochtitlán, es el hogar de millones de personas que ríen, lloran, sueñan, trabajan, van y vienen. Es un lugar, un tiempo, un recuerdo, un devenir. Bajo el asfalto se encuentra la historia de su nacimiento, su existencia, su transformación. Simboliza el nacimiento de la nación, el fin de una era, el comienzo de otra.

Después de la travesía de Cristóbal Colón, el mundo ya no fue el mismo. Las nuevas tierras se mostraron radiantes, mágicas y misteriosas: sedujeron a quienes deseaban ir más allá de cuanto habían conocido en su tierra natal. La novedad los estremeció, intrigándolos y maravillándolos al mismo tiempo. El interés por llegar a Asia, cruzando el Atlántico, se convirtió en el descubrimiento de una existencia física y espiritual de valor incalculable. Dos universos completamente separados, finalmente se reunían. El siglo XV finalizaba con un encuentro entre seres completamente distintos, pero iguales en el fondo. No obstante, las diferencias saltaron a la vista casi de inmediato y el sentir, el deseo y la intención de cada uno prevalecieron por encima de toda expresión de su humanidad compartida.

Los hombres del Viejo Mundo se establecieron en Cuba; tiempo después comenzaron las expediciones. Francisco Hernández de Córdoba iba al mando de una de ellas y así fue como llegó a la actual costa de Yucatán, en el año de 1517. La riqueza de la región era evidente. Los españoles hallaron un nuevo hogar y no dudaron en administrar los preciados recursos. Uno de ellos, inteligente, letrado, ambicioso y osado, era Hernán Cortés. Él, consciente de la complejidad e importancia del territorio al cual se dirigía, partió de Cuba en compañía de otros capitanes, desobedeciendo al gobierno de la isla, y se dirigió a donde hoy se encuentra la actual Veracruz.

Haciendo gala de su conocimiento y habilidad política, Cortés convenció a aquellos hombres para que lo acompañaran a la aventura; mantuvo unida a su gente; dio la cara ante la corona española; se anticipó a las acciones de Diego Velázquez, gobernador de Cuba; y, logró establecer las alianzas necesarias con otros pueblos mesoamericanos, como los Totonacas, los Cholultecas y los Tlaxcaltecas, quienes deseaban derrotar al imperio encabezado por Moctezuma II. Cortés fundó la Villa Rica de la Vera Cruz y partió con su ejército hacia la gran México Tenochtitlan. Ahí serían recibidos por el tlatoani, Moctezuma II.

La presencia de los conquistadores originó dos posturas al interior del Imperio azteca: una pacifista, encabezada por Moctezuma; otra belicista, liderada por hombres como Cuitláhuac y Cuauhtémoc. La política del tlatoani ocasionó serias divisiones al interior del gobierno y hombres como Cuitláhuac aumentaron su influencia. Consumada la matanza de Cholula, Moctezuma intentó evitar la llegada de los españoles. Esfuerzos inútiles. Cuitláhuac le advirtió al tlatoani sobre la llegada de quien lo despojaría de la corona y lo echaría de su hogar; le deseó que, si eso pasaba, tuviera los medios adecuados y el tiempo para remediarlo. Proféticas palabras.

Ocho de noviembre de 1519. Moctezuma recibió a Cortés y a sus hombres, éstos se instalaron en el Palacio de Axayácatl. El tlatoani veía en Cortés al representante de sus enemigos. Detrás del hombre blanco se encontraban otros pueblos mesoamericanos con quienes tenían diferencias notorias. Los recién llegados serían rivales difíciles de vencer. Existían dos opciones: la diplomacia o el ataque frontal. Lo primero aseguraba cierta paz, lo segundo conduciría a una batalla sin victoria asegurada. Además, los peninsulares todavía eran vistos como enviados divinos, extraterrenales, poderosos, especiales.

Cortés reconocía el temor del tlatoani y se sabía en territorio enemigo, en clara desventaja. Moctezuma no los quería en su hogar, él lo sabía; por ello se condujo cautelosamente. Pero, Juan Velázquez de León, Alonso Yáñez y Bernal Díaz del Castillo descubrieron la cámara del tesoro de Axayácatl, en el Templo Mayor: la codicia de los conquistadores se desbordó. Hernán Cortés quiso asegurar su bienestar al interior de la ciudad y secuestró a Moctezuma. El tlatoani se convirtió en un emperador vigilado, maniatado, acorralado. Cortés, cautivado por la inmensa cantidad de oro recibida y descubierta, no planeaba abandonar su empresa. Se arriesgaría hasta el final. Ya no había marcha atrás.

Para 1520, Diego Velázquez resolvió detener a Cortés y envió a Pánfilo de Narváez para tal efecto. Éste llegó a Veracruz. La noticia llegó a oídos del capitán. Dos ideas cruzaron por su mente. Primero, los hombres de Narváez establecerían alianzas con los pueblos con los cuales ellos ya habían pactado: él caería fácilmente. En segundo lugar, los aztecas se contenían por considerar a los recién llegados como enviados divinos; si se descubría la presencia de otros embajadores celestiales, el miedo disminuiría y su derrota estaría casi asegurada. El escenario no era nada halagüeño: se encontraba dentro de Tenochtitlán, rodeado de mexicas, con Moctezuma cautivo, en medio de una incipiente revuelta indígena y a punto de toparse con quien pretendía apresarlo. Solo había una solución: enfrentar a Narváez. Así fue como salió de Tenochtitlán. Pedro de Alvarado quedó al mando de su gente.

Miedo. Lo experimentaron tanto los expedicionarios como su líder. El temor acechaba a los peninsulares, dentro y fuera de la ciudad. No obstante, gracias a la habilidad del conquistador, vencieron a Narváez y obtuvieron el apoyo de sus hombres, quienes se sumaron al ejército previamente formado. El retorno a Tenochtitlán era cuestión de tiempo. Un

serio problema se había solucionado. En el caso de Cortés, el temor se había convertido en victoria. En el caso de Alvarado, derivó en un grave error que casi le cuesta la vida a él y a todos sus hombres.

Fue durante la fiesta del Tóxcatl, en el Recinto sagrado. Los aztecas continuaban con sus tradiciones, como de costumbre. Alvarado vio en ello el preludeo del asalto al palacio de Axayácatl y ordenó la captura de los mexicas presentes, así como su posterior asesinato. La matanza fue cruel e inolvidable. Cuando volvió Cortés, Tenochtitlán no era la misma: los aztecas ya no respetaban al tlatoani y sus hombres se encontraban sitiados en los aposentos reales. Cuitláhuac lideraba la subversión. La ciudad se mostraba como su última morada. El capitán siempre recriminó a Alvarado su proceder, aunque evitó mencionar el episodio cuando escribió a la corona española.

La batalla se desarrolló a lo largo de varios días. Los indígenas, armados con lanzas, piedras, maderos y demás armas propias de su civilización, se enfrentaron a los arcabuces españoles. La superioridad de los peninsulares era manifiesta y quedó demostrada en el asalto al Templo Mayor, en el cual derrotaron hasta a los más experimentados guerreros. Sin embargo, los mexicas ganaban en número y las piedras llovían, literalmente, desde diversos puntos. Cuando Cortés vio que el escenario le era completamente adverso, tomó el único camino posible: la retirada.

Cortés logró salir de la ciudad, y volver a ella, por una de las calzadas. Así fue como ideó el escape. Haciendo uso de una suerte de puentes portátiles, sus hombres y él emprendieron la huida a través de la calzada de Tlacopan. Era la noche del 30 de junio de 1520. Dicha calzada nace en lo que actualmente son las calles de Guatemala y Brasil y finaliza en las actuales Calzada México-Tacuba y Melchor Ocampo. Los canales fueron testigos de la retirada y de la muerte de cientos de hombres. Les fue imposible abandonar la ciudad sigilosamente. Deseaban pasar desapercibidos y llevarse todo el oro descubierto. ¿Cómo podrían haber logrado ambas cosas?

Luego de pasar el primer canal, una mujer los vio y dio el grito de alarma. Los tlotelolcas arribaron velozmente. Cortés continuó su camino. Sus hombres lo siguieron sin dudar. La tormenta de piedras fue terrible. Imposible escapar. Quienes pudieron salir, llegaron al llamado Canal de los Toltecas, donde ahora se encuentra la Alameda Central. Aquello se convirtió en un callejón sin salida. Fue aquí en donde se desarrolló la masacre posteriormente recordada con gran regocijo por parte de los herederos mexicas. Piedras y flechas impactaron a los españoles y a sus aliados. Todos estaban apretados, unos contra otros, nada los cubría. Fueron presa del pánico, de la incertidumbre.

Los hombres de Cortés, sucumbieron ante el ataque indígena. Sus aliados, principalmente tlaxcaltecas, caían uno tras otro, sin poder defenderse. Ni siquiera podían moverse: por un lado estaba el agua, por el otro estaba la calzada completamente obstaculizada. Morían inmóviles, seguramente pidiendo al Cielo por su alma. Fallecieron, también, los hijos de Moctezuma, quienes iban en calidad de prisioneros. El capitán Juan Velázquez de León, encargado de custodiar la yegua cargada de oro, se quedó rezagado y no se le volvió a ver jamás. Caída la gran Tenochtitlán, en 1521, dicho caudal sería minuciosamente buscado por los españoles, en un intento por recuperar el botín perdido en la funesta noche.

Hernán Cortés, de los primeros en cruzar la calzada, se había salvado. El capitán, el líder, el hombre inteligente y audaz no supo de lo sucedido tras de sí. De acuerdo con cierta crónica, Pedro de Alvarado salvó su vida gracias a un gran salto en el cual utilizó su lanza como garrocha. Bernal Díaz del Castillo desmintió dicha versión. Hoy, la Ciudad de México

cuenta con un sitio llamado, precisamente, Puente de Alvarado, en honor de tal proeza. A decir verdad, tampoco está en el lugar exacto en donde supuestamente ocurrió la hazaña.

Los sobrevivientes cruzaron el tercer puente, ubicado en donde hoy se encuentra la iglesia de San Hipólito. Estar ahí significaba haber salvado la vida. Las canoas de los tlatelolcas no podrían seguirlos fácilmente. Después, Cortés y los sobrevivientes llegaron a la zona de Popotla, aún perseguidos por los mexicas. El capitán hizo el recuento de la batalla. Procedió rápidamente. El número de pérdidas aparentaba no tener fin. Las lágrimas corrieron por los ojos del osado español. La historia nos dice que lloró al pie de un ahuehuete, el mismo que pintara José María Velasco en 1910.

Aquella batalla, si así puede nombrársele, se llamó “La batalla de los puentes”. La mayoría la recuerda como la “Noche triste”. Años después, los conquistadores recordarían el episodio con la construcción de una iglesia: la de los mártires. Y sí, con tristeza, los españoles y sus aliados marcharon hacia la actual Naucalpan. Las lágrimas quedaron atrás, dispersas en la tierra. Jamás se olvidaron. Tal vez, Cortés agradeció a Dios, a la Providencia. Probablemente lloró por la vorágine de impresiones y de sentimientos. Lloró a sus muertos, lloró por su pérdida. Dolor y enojo, tristeza y desesperación. Ese llanto fue sólo un preludio.

Sus lágrimas fueron el preámbulo de las acciones siguientes: se detuvo en el cerro de Totoltepec, rehízo su ejército, marchó hacia Tlaxcala y salió victorioso de la batalla de Otompan. Llegó a Tlaxcala triunfante y encontró, nuevamente, el apoyo de dicho pueblo. El llanto se había transformado en un renovado ímpetu. Tal vez, aquella noche, se prometió a sí mismo volver y concluir lo iniciado. Su proceder posterior, ciertamente favorecido por el advenimiento de una epidemia de viruela, culminaría el 13 de agosto de 1521, día de San Hipólito, con la caída de la gran Tenochtitlan y la captura de su último tlatoani, Cuauhtémoc.

De una u otra forma, ese llanto marcó a toda una región, a todo un pueblo. México es producto de un choque cultural violento, sangriento. Es resultado de una incesante lucha, a veces continuada, en ocasiones vivida simbólica e inconscientemente, de la cual fueron testigos el cielo y la tierra. Hoy, las calles mudas, inertes, cambiantes, conservan la memoria de lo que fue, de lo que es, lo que será esta extraña, misteriosa y enorme ciudad. Aquí, cada esquina alberga una historia. Cada calle, sobre todo las que conectan unos puntos con otros, unas vidas con otras, tienen algo por contar. Aquí, hasta la más mínima piedra se convierte en patrimonio de todos, en hogar, en principio, en final.